

Credibilidad, credulidad y humildad intelectual: una reflexión sobre la coordinación social

La imagen que acompaña este artículo resume visualmente la hipótesis central que se desarrolla a continuación.

La lectura del excelente libro *Mitos y realidades de la política monetaria*, publicado por el Banco de la República, me llevó a una reflexión que trasciende la política monetaria y toca un problema central de nuestras democracias.

Uno de los grandes méritos del libro consiste precisamente en explicar, con un lenguaje claro y accesible, por qué la credibilidad del Banco de la República es un activo fundamental para controlar la inflación. Cuando hogares, empresas e inversionistas confían en que la institución actuará de manera consistente para preservar la estabilidad de precios, sus expectativas logran coordinarse mejor.



Sin embargo, mientras avanzaba en la lectura me surgió una inquietud.

¿No será que la credibilidad institucional y la pedagogía económica están mucho más relacionadas de lo que normalmente pensamos?

La respuesta que me inspira este libro es afirmativa.

Una institución puede aspirar a ser creíble, pero esa credibilidad se fortalece cuando los ciudadanos comprenden las razones que justifican confiar en ella.

Aquí me parece útil distinguir dos conceptos.

La **credibilidad** es una propiedad de las instituciones. Una institución es creíble cuando existen buenas razones para confiar en que actuará de manera consistente con sus objetivos.

La **credulidad**, en cambio, es una propiedad de quienes reciben las explicaciones. Es la tendencia a aceptar afirmaciones sin examinarlas críticamente; lo que en Colombia solemos resumir con una expresión muy gráfica: **"comer entero"**.

Pero mientras escribía esta reflexión comprendí que quizá el verdadero protagonista no sea ninguno de estos dos conceptos.

El verdadero protagonista es **la explicación**.

Precisamente aquí encuentro uno de los mayores aportes del libro.

Su propósito no es pedir que los ciudadanos crean ciegamente en el Banco de la República. Todo lo contrario. Busca ofrecer mejores explicaciones para que la confianza repose cada vez menos en la autoridad y cada vez más en la comprensión.

En ese sentido, divulgar economía no consiste solamente en transmitir información. Consiste en construir explicaciones que permitan comprender mejor la realidad.

Y cuando las explicaciones mejoran, ocurre algo interesante.

La comprensión aumenta.

La credulidad disminuye.

La confianza deja de depender de la autoridad y comienza a descansar en razones que los ciudadanos entienden y pueden evaluar críticamente.

En otras palabras, la pedagogía económica crea valor público porque transforma la confianza basada en autoridad en confianza basada en comprensión.

Esta reflexión, además, no aplica únicamente para los ciudadanos.

También interpela a economistas, académicos, científicos, jueces, funcionarios públicos y diseñadores de política. Todos podemos caer en el exceso de confianza y dejar de cuestionar los modelos con los que interpretamos la realidad.

Aquí aparece un tercer concepto: **la humildad intelectual**.

La humildad intelectual no consiste en desconfiar de todo ni en renunciar al conocimiento. Consiste en reconocer que nuestras explicaciones siempre pueden ser incompletas y que nuevas evidencias pueden obligarnos a revisarlas. Más importante aún, es una capacidad que puede desarrollarse mediante procesos educativos y deliberativos.

A partir de estas ideas propongo una hipótesis para la discusión.

La coordinación social podría depender no solo de la credibilidad de las instituciones, sino también de la capacidad colectiva para construir explicaciones cada vez mejores mediante la humildad intelectual, el pensamiento crítico y el aprendizaje continuo.

La matriz que acompaña esta reflexión resume visualmente esta hipótesis.

No pretende clasificar a las sociedades de manera estática. Pretende mostrar un proceso dinámico.

Cuando una institución explica mejor, aumenta la comprensión ciudadana.

Cuando aumenta la comprensión, disminuye la credulidad.

Cuando disminuye la credulidad, la confianza se vuelve más robusta.

Y cuando la confianza se fortalece sobre la comprensión y no sobre la aceptación acrítica, también aumenta la credibilidad institucional.

Se genera así un círculo virtuoso de aprendizaje colectivo.

Por el contrario, cuando las instituciones no explican —o explican mal— la comprensión disminuye. La credulidad aumenta. La coordinación se vuelve frágil y las sociedades quedan más expuestas a rumores, desinformación, polarización y pérdida de confianza.

Quizá el mayor aporte de la pedagogía económica consista precisamente en fortalecer instituciones creíbles reduciendo la necesidad de la credulidad.

En mi opinión, esa es una de las contribuciones más valiosas que hace este libro del Banco de la República: fortalecer la credibilidad institucional precisamente disminuyendo la necesidad de la credulidad mediante mejores explicaciones.

Si esta reflexión resulta acertada, entonces la pedagogía económica deja de ser un simple ejercicio de divulgación para convertirse en una auténtica tecnología institucional de coordinación social.

Porque una democracia fuerte no necesita ciudadanos que "coman entero". Necesita ciudadanos capaces de comprender, de pensar críticamente y de confiar cuando existen buenas razones para hacerlo.

Tal vez esa sea una de las lecciones más profundas que inspira este excelente libro del Banco de la República: las instituciones fortalecen su credibilidad no cuando piden confianza, sino cuando ayudan a construir mejores explicaciones.